

J. Claudio Silva

Ni héroes ni malvados, sólo jóvenes. Claves para iluminar la conversación sobre juventudes de los noventa  
Ultima Década, núm. 11, septiembre, 1999, p. 0,  
Centro de Estudios Sociales  
Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19501104>



*Ultima Década*,  
ISSN (Versión impresa): 0717-4691  
cidpa@cidpa.cl  
Centro de Estudios Sociales  
Chile

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

[www.redalyc.org](http://www.redalyc.org)

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# **NI HEROES NI MALVADOS, SOLO JOVENES**

## **CLAVES PARA ILUMINAR LA CONVERSACIÓN SOBRE JUVENTUDES DE LOS NOVENTA**

J. CLAUDIO SILVA\*

### **INTRODUCCIÓN**

QUIÉNES Y CÓMO SON los jóvenes de los noventa, es una pregunta que intentaremos iluminar desde este panel. Cuáles son algunas de las transformaciones a nivel de los grandes esquemas sociales y sus repercusiones en los sujetos juveniles, es algo a lo que en particular intentaré referirme en los próximos minutos. Mi presentación estará dividida en dos partes y un epílogo. La primera de ellas se refiere a elementos del contexto general de estos noventa; la segunda a algunos cambios operados en la mentalidad de los y las jóvenes de los noventa; y el epílogo es una reflexión sobre las condicionantes de la ciudadanía juvenil de cambio de siglo.

### **I. ELEMENTOS DEL CONTEXTO GENERAL Y JUVENIL DE LOS NOVENTA**

A continuación presentaré algunos elementos del contexto general de la sociedad que hemos construido en esta década contradictoria, y que por sus propio carácter genérico, han influido directa e indirectamente en la conformación de los sujetos juveniles de fines de década. A ellos me referiré en términos más bien generales, puesto que el énfasis lo pondremos en la segunda parte de esta intervención, que dice relación con la hermenéutica juvenil de estos noventa.

#### **1. Dificultad para identificar esta generación de los noventas**

Cada generación, en los últimos cuarenta años, ha sido rotulada de acuerdo a una serie de situaciones y características que marcaron épocas. Algunas positivas, otras más negativas, incluso dependiendo de las miradas que la sociedad, las autoridades, las instituciones han querido relevar.

La generación de los 60 y parte de los 70, es vista como la generación prototípica, la de los cambios, la revuelta social, las transformaciones de la sociedad, inmersa en el acontecer social no sólo del país, sino continental y mundial. También es la generación arrasada, inmolada en la locura paroxística de la intervención militar. Esta generación, en su aspecto social e identitario está compuestas principalmente por jóvenes universitarios.

A la generación de los 80 se la señala como la juventud de las protestas. Compuesta principalmente por los y las jóvenes populares, es una juventud contestaría, medianamente organizada, combativa, solidaria, ella fue una de las principales impulsoras de la lucha contra la dictadura y también una de sus principales víctimas. Desde el Estado y las instituciones, esta *generación* fue considerada como

---

\* Bachiller en Ciencias Religiosas, CIDPA Viña del Mar.

*anómica o delinencial*, por su abierto carácter antisistémico y de furiosa rebeldía. Fue una generación de «*flaquitos buena onda*» que se negaba a seguir «*pateando piedras*». Esta generación fue principalmente de juventud pobladora y de universitarios, que creían en el proletariado y la clase obrera, eso al menos discursivamente. Es quizás una juventud politizada en la más amplia acepción de la palabra.

La generación de los 90 ha sido principalmente —desde la mirada social— una juventud consumista, «*niahísta*», delictiva y/o con desajuste sicosocial. También es quizás la única que no cuenta con una definición o imagen clara. Desde mi propia perspectiva, creo que esta juventud de los *noventa*, es quizás la primera generación propiamente juvenil. Y por ello, ha sido la más extensamente cuestionada y criticada, como lo es la juventud. Volveré a ello, al final de la segunda parte.

En la generación de los noventa, los que aparecen más identificables son los estudiantes (en su acepción secundaria) y los jóvenes asociados a conductas desviadas (jóvenes delincuentes y adictos).

## 2. Existencia de esta generación en un espacio distinto: la democracia

Los y las jóvenes de los noventa, han tenido la posibilidad de transitar su etapa de vida en un contexto que para muchos es nuevo: *la democracia*. Ésa que se instala a partir de 1990, y que ha implicado, al menos en aspectos formales, algunas diferencias sustantivas con las experiencias de los y las jóvenes de los últimos 20 años. Sin pretender un análisis exhaustivo, podemos anotar algunas de esas diferencias, que han permitido un mayor espacio de movilidad de los y las jóvenes de esta generación.

- *Término a los servicios de seguridad*, en su dimensión «operativa», eso implica que al no existir otros servicios públicos dedicados al control y la seguridad, ésta radica exclusivamente en carabineros e investigaciones.
- *Término de las facultades especiales* de las autoridades públicas. Eso significa que los y las jóvenes pueden desplazarse por los diversos puntos del territorio a su antojo, y en las horas que lo deseen. Es decir, desapareció al menos para ellos, el toque de queda y las relegaciones.
- *Tránsito de labores represivas políticas* a un contexto más amplio de su labor ciudadana de carabineros e investigaciones, lo que ha redundado en una mejor y paulatina reconversión de sus esquemas de funcionamiento. La tortura, uno de los principales temores de los 80, se aleja al menos de la experiencia más generalizada.
- *Libertad de expresión*. En general, hoy en nuestra sociedad, existe un moderado espacio de opinión pública y a la cual los y las jóvenes pueden acceder. Opinar hoy sobre diversos aspectos de la vida social, política, sobre las autoridades, se ha vuelto un poco menos riesgoso que antaño, de ahí que opinar y expresar libremente su parecer sea un espacio relativamente posible para los y las jóvenes de estos años.
- *Creación y fortalecimiento de institucionalidad juvenil* desde el Estado. Las necesidades y demandas de cierta parte del universo juvenil tienen al menos un espacio de interlocución, se han hecho esfuerzos por promover y legitimar la participación social de los y las jóvenes.
- *Se ha generado una corriente de opinión* desde las esferas institucionales y de las autoridades de diversos ámbitos, en intentar convencer a los y las jóvenes de los beneficios de la participación social y política, es más el esfuerzo realizado al menos formalmente por las autoridades, y que ha sido más bien desoído por la mayoría de la juventud, la que tiene una baja participación en estos canales más institucionales, reforzándose en otros ámbitos menos formalizados, donde el grupo de

pares, los colectivos juveniles, las tareas de interés común, han ganado mayor relevancia entre los y las jóvenes.

- *La existencia de la política* como ámbito de resolución de conflictos, genera un impacto en la percepción general de la sociedad que resulta innegablemente valioso. Si bien la crítica que hacemos a la democracia, es que los problemas y las necesidades vinculadas a la pobreza, normalmente no están en la agenda de los políticos. Al menos la democracia, genera formas de comportamiento y de resolución de conflictos, que tiene su efecto en las percepciones de los y las jóvenes, además de instalar cierto ámbito de tolerancia, que es importante en la vivencia de los y las jóvenes.

### 3. La privatización de la vida

En el ámbito de la existencia personal, el nuevo contexto de «lo privado» ha permeado rápidamente en las mentalidades de la sociedad en su conjunto. La primacía de lo individual/subjetivo por sobre lo colectivo/comunitario, son algunas de las «señales» que arroja el sistema hacia la juventud. Sin embargo, creemos percibir una corriente de jóvenes que «*viene de vuelta*», son aquellos que vía la experiencia de vida desarrollada en el transcurso de la década, han descubierto que el puro individuo, el solo sujeto juvenil, no es suficiente, y que son los que *se empeñan en el trabajo comunitario*, o como se dice actualmente en el *desarrollo local*.

### 4. Crecer solos

Históricamente las mujeres han salido al mercado laboral en épocas de crisis económicas, también que una vez superadas estas crisis, ellas retornaban al hogar. Eso fue más o menos así hasta el profundo deterioro ocurrido entre 1981 y 1985, en esa época ellas salieron a la búsqueda del sustento y muchas lo hicieron para quedarse en este nuevo rol; es más, dados los nuevos requerimientos de la economía, las mujeres permanecieron en sus trabajos, buscaron otros y de paso crearon una verdadera revolución al interior de sus hogares y sus relacionamientos.

Sin embargo esta situación, no las alivió ni del trabajo hogareño ni de los conflictos provocados por sus nueva condición de productoras. Esto ha significado, para el tema que nos interesa, que niños y jóvenes posteriores a esta crisis, han crecido lejanos —en número creciente— a la imagen tradicional de familia y de roles. Además una parte de la juventud ha crecido sola. Lejos de los padres y en algunos casos sin adultos cercanos, a cargo de hermanos mayores.

Esta situación también ha contribuido al debate sobre la familia, pues en las últimas dos décadas se ha roto la imagen monolítica que teníamos de «la familia chilena», ya no tenemos una sola familia, ésa compuesta de papá, mamá, hijo e hija sentados en el living de la casa; esto ha generado al menos dos posibles lecturas al interior de los propios jóvenes: i) el deseo de tener o *formar una familia en el sentido más tradicional*, de ahí la alta valoración que los jóvenes le dan a esa imagen tradicional de familia chilena; ii) es que las *rupturas matrimoniales son menos dramáticas* en el imaginario juvenil, de lo que suelen ser en el ideario social, pues para ellos esta situación puede llegar a ser necesaria y hasta preferible *cuando no hay amor* en la pareja. El cambio cultural ocurrido frente a esta «*célula básica*» de la sociedad es evidente.

Estos y otros elementos que he dejado fuera de este apartado, forman en parte del contexto general, que ha moldeado en parte el accionar y las relaciones juveniles, de los y las jóvenes populares de nuestro país. Ello unido a otros elementos que presentaré en la segunda parte, constituyen el conjunto de nuestra mirada sobre la juventud de los noventa.

## **II. CLAVES PARA UNA HERMENÉUTICA (TEXTOS Y PRETEXTOS) DE LA JUVENTUD DE LOS NOVENTA**

Así como el contexto general modifica o moldea a los sujetos, desde arriba y aun a su pesar, y de acuerdo con elementos que provienen del medio ambiente, de las grandes corrientes mundializadas, del *ethos* de la cultura particular en que se inserten los y las jóvenes. También existen esos otros elementos que permiten construir un modo particular de ser y entender el mundo específico en que se mueven y deslizan los sujetos. Develar algunos de esos elementos, que configuran las claves hermenéuticas con las que acercarse e interpretar estas nuevas realidades juveniles de fines de siglo, y ojalá exponerlos claramente, es lo que pretendo en las líneas siguientes, para terminar con una caracterización de los y las jóvenes, que ojalá dé cuenta en parte de esas claves hermenéuticas, como he dado en llamarlas. Algunas de ellas incluso superan con creces al mundo juvenil, para expandirse a la sociedad toda.

### **1. Pérdida de centralidad de la política**

Hay un área que antaño fuera fuente de innumerables conflictos y foco permanente de disputa pública y que hoy aparece prácticamente abandonada, al menos en lo que al común de los jóvenes se refiere. Nos referimos a la conflictividad política, asociada a enfrentamientos ideológicos de proyectos «alternativos» de poder. La lucha política más desatada de los primeros 70 y gran parte de los 80, casi ha desaparecido del lenguaje cotidiano de la juventud de los noventa. EL ya clásico «ni ahí con la política» se refleja en todo orden, no sólo entre los jóvenes, pero a ellos se les denuncia e invita, se les recrimina e intenta seducir. Este *retiro* de la política tiene al menos dos líneas de interpretación, que van a depender en sus alcances, de la profundidad del caso.

i) Desde una lectura positiva. Vemos que con este retiro de la política de la vida juvenil se ha abierto un amplio espacio, para que la dimensión joven de la vida se estructure a partir de necesidades y potencialidades específicamente juveniles, que son las de una parte importante de la población de nuestro país. Quizás para quienes entraron a los noventa, siendo ya no tan jóvenes, esta situación tenga mucho sentido, aunque puedan estar en desacuerdo con el sentido del efecto. No son pocos quienes aún hoy se quejan, algunos amargamente, de esta indiferencia y abandono con que los y las jóvenes de los noventa ven la política.

ii) Una lectura negativa de este proceso, puede concluir que con ello —la pérdida de centralidad de la política— se retrotrae la dimensión de ciudadanía y participación juvenil de ámbitos más amplios que la pura *participación* en el mercado, como gustan decir los analistas. Sin embargo, lo más complejo es que con esta situación —hasta cierto punto entendible—, la dimensión colectiva de los problemas y necesidades que afectan no sólo a los y las jóvenes, sino a la sociedad en su conjunto, se ha convertido a poco andar en un terreno en el que nadie dice nada, y por tanto nada se hace. Por lo que de no existir esa dimensión ciudadana, de colectividad, de impacto comunitario, se asiste como espectadores de una obra, en que otros son los protagonistas. Desde la perspectiva juvenil, ello ha redundado en que han sido

arrinconados en las diversas esferas del consumo y el placer y que sus necesidades vitales de reconocimiento, de proyectos de vida, de identidad generacional, han sido escamoteadas a la publicidad y a los productos de consumo juvenil. El retiro de la política como instancia catalizador de necesidades, también ha tenido su lado amargo.

## **2. El tiempo libre**

Es uno de los ámbitos en que se ha notado más fuertemente la irrupción de las diversas formas de consumo, i) el consumo en su acepción de acceso de diversas alternativas de entretención: espectáculos, recitales, shows, cine, video, videojuegos, salida de fin de semana, bares, pubs; y, ii) en su acepción de consumo de drogas y o alcohol, que también ha sufrido un incremento cualitativo, mas no necesariamente cuantitativo, en el porcentaje de la población joven, que en el caso de drogas no excede el 20% de los y las jóvenes. Aquí la irrupción de drogas más duras, como cocaína, para los más pudientes y pasta base, para los más populares, ha significado un cambio en los efectos que ellas tienen en quienes las consumen y sus más cercanos.

## **3. De la lucha por la inclusión a la autculpabilidad**

Las diferencias sociales se han profundizado a nivel global en nuestra sociedad, si bien el porcentaje de pobres disminuyó en relación con el inicio de la década. Se ha profundizado la desigualdad, aumentando con ello la polarización entre los muy ricos y los muy pobres. Pero la pobreza tiene efectos más devastadores que en la década pasada, toda vez que se ha roto el componente simbólico que ella connotaba, y que consistía —en parte— en la solidaridad sistémica en que nos amparábamos. Hoy nadie quiere ser pobre, nadie quiere considerarse en esa situación, nadie está dispuesto a reconocerlo, porque asumirlo es también reconocer su calidad de «derrotado», de «no exitoso», de «fracasado». Ser «pobre pero honrado» —herencia de la más pura estirpe del proletariado de comienzos de siglo—, hoy ya no tiene la connotación positiva de antaño, es —en el lenguaje cotidiano juvenil popular— un sinónimo de «ser gil».

En este contexto ha comenzado a operar, al menos en una parte de los y las jóvenes populares, una peligrosa tendencia. Y es que frente a un sistema social, que cada vez se afirma más en la exclusión de grandes contingentes de personas, los y las jóvenes reaccionan en términos psicológicos y no políticos. Esto es, que frente a las serias amenazas del sistema social y económico a la integración que aspiran los jóvenes, ellos y ellas están evitando por todos los medios posibles la frustración, lo que redundo en que frente a las amenazas que implica la exclusión, los y las jóvenes ni siquiera están intentando enfrentarse a ella. De modo que por evitar la frustración, también están evitando el combate, con lo que rehuyen de la posibilidad de politizar el conflicto. Es decir, desplazar desde una mirada individual, atomizada, autculposa de las dificultades en la inserción social, a una responsabilidad sistémica. Con lo que las implicancias sociales y políticas de ello son evidentes. Lamentablemente para aquellos que no cuentan con las herramientas discursiva, materiales, cognitivas necesarias y habilitantes, no pueden acceder de modo permanente y estable a la inclusión. Para ellos y ellas este maratón en que se ha convertido la inclusión, es una carrera que se pierde aun antes de comenzar. Muchos de los y las jóvenes populares, han diagnosticado esta situación y se encuentran obrando en consecuencia, en su mayoría usando la *política del avestruz*.

#### 4. Lo juvenil es colectivo

Si bien hoy es cierto, que las referencias a los gustos, a las necesidades, intereses y preferencias personales, son una especie de triunfo del individuo por sobre los grandes proyectos colectivos, homogeneizantes y hasta totalitarios, característicos de una buena parte de la historia de nuestro siglo; no es menos cierto, que la sola respuesta individual, atomizada, subjetivada, no es suficiente, al momento de enfrentar situaciones, de requerir interlocuciones e intercambios en los que se pone en juego intereses y necesidades colectivas, grupales, comunitarias.

Así un joven, hombre o mujer, sin conexiones, separado de los otros y otras, está aislado de la vida social. Está solo o sola y por tanto no tendrá mecanismos para insertarse en la corriente juvenil que lo bordea. No posee las herramientas culturales, simbólicas, gestuales, hermenéuticas para interpretar con éxito las invitaciones y las amenazas que aguardan al sujeto juvenil. Por ello, y quizás ésta sea una de las paradojas juveniles de este tiempo, es que si bien el mensaje sistémico ha resultado ampliamente exitoso en aspectos que tienen relación con la individualidad, no ha podido con la necesidad de sujetos sociales que poseen los y las jóvenes, algo que ha pasado a segundo plano para la mayoría de los y las adultas. Juntarse, convivir con otros, conocerse, buscar pareja, tener amistades, relacionarse, incluso la necesidad de compañía sexual, se tejen contra —o al menos en disputa— de este mensaje manipulador de los intereses exclusivamente individuales. Los y las jóvenes, atravesados en sus necesidades de compañía, de compartir, han abandonado —al menos en parte— este mensaje atomizador.

#### 5. Cómo son los jóvenes de los noventa

Llegado a este punto, quisiera deslizar una suerte de convicción y a la vez de afirmación sobre los y las sujetos juveniles de los noventa; y que constituye además una suerte de síntesis general de las dos partes precedentes: *La generación de los noventa es la que mayores posibilidades ha tenido de ser solamente jóvenes*. Es decir, las otras generaciones por diversos motivos y circunstancias, tuvieron a su haber situaciones que los sacaron de su centro de jóvenes y los hicieron cargar con tareas reservadas para el conjunto de la sociedad, pero que por diversas circunstancias fueron asumidas en una parte importante por los y las jóvenes de entonces. Este hecho —el ser solamente jóvenes— ha tenido dos tipos de consecuencias según mi interpretación.

##### a) *Consecuencias positivas*

- Jóvenes visibles: Esta generación ha tenido una tremenda visibilidad como categoría existencial, como «ser joven», como jóvenes en concreto que existen, que tienen dificultades, que requieren ayuda, programas.
- Importancia estadística: Se les reconoce su importancia numérica y sus necesidades particulares, ya no son todos los y las jóvenes iguales, han destacado aquellos elementos que hacen diferencias, como son las diversas realidades y situaciones que viven: condiciones económicas, campo-ciudad, niveles instruccionales, culturales, de género.
- Reconocimiento de la deuda pendiente: Se ha reconocido e intentado abonar a la deuda pendiente que el Estado mantiene con los y las jóvenes, para ello, se han diseñado múltiples programas e

iniciativas tendientes a paliar esta situación. Se ha perfilado, aún tímidamente una institucionalidad juvenil. Ahí tenemos el Instituto Nacional de la Juventud (INJ, primero y ahora el INJUV) a nivel central, con todas las variopintas situaciones que les han tocado jugar. A nivel municipal se ha configurado la idea de las Oficinas Municipales de Juventud, como la respuesta municipal en los territorios, muchas de ellas en situaciones bastante desventajosas.

- Plantean sus demandas: Reclaman a nivel individual y hasta cierto punto grupal, sus derechos, pero no han tenido las fuerzas para hacer una propuesta más pública, que convoque a otros, que sume a otros componentes de la sociedad a esta necesidad de respeto y tolerancia. Se han atomizado en sus propias dificultades y no han salido de sus lamentos.
- Una cultura juvenil: Han gozado y desarrollado una cultura propiamente juvenil, más allá del tema del consumo de productos y *movidas* pensadas para los y las jóvenes, ellos y ellas han podido desatar sus gustos, sus preferencias, sin importar mucho el qué dirán. En ese sentido se han liberado —al menos simbólicamente— en sus espacios propiamente juveniles de las amarras y estilos de los adultos.
- Pragmáticos: Estos jóvenes de los noventa, en el ámbito de los que se organizan o desarrollan acciones colectivas, ha primado un nivel de pragmatismo altísimo. Los jóvenes de hoy han entrado de lleno en el proyectismo, y han sacado ventaja de ello. No les importa quien sea el que pone la plata, sino ejecutar sus acciones lo menos restringidos posibles. De ahí que el CONACE, por ejemplo, ha financiado miles de campeonatos deportivos que terminan en «jarana».
- Juventud crítica: Los jóvenes de los noventa han sido abiertamente críticos en algunos casos, solapadamente en la mayoría, respecto a las propuestas y ofertas que el mundo adulto les hace. El conocido *niahismo juvenil*, criticado y estigmatizado desde «lo adulto», tiene más elementos positivos de los que hemos podido entender o aceptar. En general, la oferta pública dirigida a los y las jóvenes populares, ha sido en una palabra, y disculpen lo poco académico del término: «charcha», o si prefieren «jural tipo salmón», o como lo expresara un ex-presidente «en la medida de lo posible».

Aquí se pueden mencionar algunos ejemplos: Capacitación laboral de tres meses, los profesionales que trabajan con jóvenes y que reniegan de ellos, los deprecian o asumen el discurso imperante sobre su *niahismo*, los líos de la personalidad jurídica, entre muchos otros.

Y así queremos que se vuelvan locos con nuestra oferta *charcha*. ¡Por favor!

Es por eso que los y las jóvenes de los noventa han sido un poco como los filósofos cínicos de la Grecia Antigua, esos que decían que «era imposible encontrar un solo hombre honesto en la plaza pública a mediodía, aunque se le buscara con una lámpara». Entonces han criticado, o al menos poseen un juicio radicalmente crítico sobre la sociedad en la que les toca vivir. En ese sentido son cínicos, y aquí sigo en parte lo que afirma Durston, «desprecian su ciudadanía, al no querer integrarse a lo dado, basándose en una crítica radical de la deshonestidad, la hipocresía y manipulación que perciben en el ambiente» (Durston, 1992).

- Preocupación por sus proyectos de vida: Al ser éste un tiempo en donde la centralidad de la vida juvenil está puesta justamente en ellos mismo, resolver o avanzar en dirección a asegurar, vislumbrar o definir sus particulares y necesarios proyectos de vida, es algo que les preocupa y sobre lo que reflexionan y se cuestionan permanentemente.

En este ámbito podemos en general, perfilar dos grandes tipos de proyectos: Los proyectos en curso y los proyectos en duda. Sin embargo, ambos a pesar de sus diferencias de resultado y

consecuencias para los y las jóvenes buscan de alguna manera asegurar un camino de movilidad social.

Los proyectos en curso. El régimen meritocrático, clásico, cobra en estos jóvenes de los noventa toda su vigencia y necesidad. En general el camino, aunque sea a nivel imaginario o simbólico, que los y las jóvenes se trazan es el que está compuesto por las formas tradicionalmente concebidas de integración sistémica. De este modo casarse, tener hijos, un buen trabajo, estudiar, ser profesional, son estados de vida a los que todos y todas desean alcanzar. La integración a la sociedad exitosa, es lo que en general todos desean. Y para ello se utilizarán múltiples estrategias: desde los que integrados al sistema educacional, aspiran a continuar estudios en la universidad, profesión y vida laboral vinculada a ella, familia y hogar; éstos serían en la escala de ascenso social los más exitosos. Otros en cambio, partiendo de más abajo en lo escolar, quieren asegurar su vida en oficios calificados, bien remunerados, para acceder a familia propia. Éstos son los proyectos en curso. Pues la mayoría deberá esperar algún tiempo, para evaluar sus resultados.

b) *Consecuencias negativas*

- Los proyectos en duda: La otra cara de la realidad, la conforman aquellos jóvenes hombres y mujeres, cuyos proyectos de vida se encuentran en duda, ya que en general, no cumplen con los requisitos trazados en este camino de méritos. Han abandonado la educación, y normalmente han incursionado tempranamente en el mundo laboral —sea para aportar a presupuesto familiar, o para sobrevivir—, esos y esas jóvenes ven con demasiadas complicaciones su futuro. No tienen y eso lo perciben, las ventajas mínimas que se requieren para insertarse de modo permanente en el sistema socioeconómico, y deben rondar por las diversas ofertas laborales diseñadas para los y las pobres. En ellos y ellas, las expectativas de la familia propia, de vivir de un trabajo, de poseer casa y los enseres necesarios, se percibe con serias amenazas. La movilidad ascendente, presenta demasiadas dudas, como para que perciban su futuro sin riesgos.
- Jóvenes estigmatizados: La visibilidad que han tenido los y las jóvenes no ha sido acompañada con un visión necesariamente positiva sobre la juventud. La mirada más genérica que se les ha dado es de corte más bien negativo. Se les ha estigmatizado con demasiada facilidad. Los y las jóvenes han sido, durante los noventa, permanentemente considerados como los *sospechosos de siempre*.
- Jóvenes en soledad: A pesar de su peso numérico, de sus problemáticas que los comprimen, los y las jóvenes han estado demasiado solos. Pues, la preocupación que la sociedad les ha brindado, normalmente, salvo excepciones, ha sido la del *tratamiento*. En la interpretación que la sociedad y sus instituciones le ha dado a las necesidades juveniles, ha primado la mirada psicosocial que los perfila como sujetos/individuos con algún tipo de desajuste, sea emocional, de adaptación, de consumo, de frustración. Y donde la intervención se hace desde esta perspectiva. Resulta proverbial que a nivel de los programas estatales que financian directamente iniciativas juveniles, el CONACE, o sea, el organismo de Control de Drogas y Estupefacientes, sea lejos el que posee mayor financiamiento. Como contrapartida, la Iglesia Católica, que tiene décadas de trabajo con jóvenes, al menos a un segmento de la juventud, es capaz de brindarle los espacios y la acogida que ellos necesitan, las grandes acciones juveniles de esta década han estado de la mano de la Iglesia: las peregrinaciones al santuario de Sor Teresa a Maipú, el Encuentro Continental de

Jóvenes y otros actos masivos.

- Jóvenes viejos: Se han entrampado demasiado tiempo en sus puras necesidades y se han olvidado de las construcciones más sociales. Hasta cierto punto, yo los percibo como quejosos, parafraseando a Benedetti, «el tedio los ha vuelto viejos».
- Crisis institucionales: La crisis del INJ de 1997, repercutió mucho más ampliamente en el mundo social de lo que los propios involucrados (MIDEPLAN, INJUV) han sostenido. La pérdida de credibilidad, o si se prefiere el retroceso que significó esta crisis a nivel de la imagen pública de esta institucionalidad, aún no termina de cristalizar. Éste tuvo un efecto de dominó, que repercutió no sólo en la institucionalidad propiamente tal, con sus redefiniciones programáticas, estratégicas, sino que en los propios jóvenes que aún hoy no han logrado reconstruir un referente juvenil a nivel estatal. No hay un *macrointerlocutor* válido frente a los y las jóvenes, sólo respuestas individuales. También a nivel de las ONG'S ha existido esta crisis, que ha redundado casi siempre en cambios de población objetivo: por ejemplo, se ha producido un éxodo de lo juvenil a lo infantil.

Recapitulando. Esta afirmación central que he sostenido: La generación de los noventa es la que mayores posibilidades ha tenido de ser solamente jóvenes, está obviamente mediatizada, por las condiciones concretas de cada joven, hombre o mujer, que en estos años noventa ha contado con mayores o menores recursos materiales, simbólicos, culturales, relacionales, que les han permitido o han obstaculizado el realizar o poner en práctica sus sueños e ilusiones. Y ello en un contexto global que en algunos ámbitos ha tenido transformaciones profundas, mientras que en otros se ha mantenido más o menos invariable. Es en este espacio social, que los y las jóvenes han tenido que poner en juego sus habilidades, para sortear obstáculos, aguantar o abandonar esta maratón a la que han sido convocados y empujados por el tren de la historia. Sin dudas que sobre la hermenéutica de estos tiempos, en el mundo de los jóvenes, falta mucho por hacer y decir.

### III. EPÍLOGO. LA CIUDADANÍA JUVENIL: DE ESFUERZOS Y DESAFÍOS PARA CONSTRUIR LO COMÚN

Queremos destacar la necesidad de construir socialmente una ciudadanía al alcance de los y las jóvenes, y que para ello debe comenzar por *encantar* a otros para un proyecto que debiera y requiere ser común.

Es indudable que al término de esta década, en el ámbito juvenil, muchas cosas han cambiado, algunas de un modo más definitivo quizás, otras sólo de apariencia. Se ha diversificado el consumo juvenil de productos y símbolos, los grandes *metarelatos* han cedido la supremacía que tuvieron en otras décadas y se ha instalado la casi convicción de que ha finalizado la historia, como lo anunciara Fukuyama. Los y las jóvenes no tienen en su horizonte (personal y colectivo) la «transformación de la sociedad», o el «cambio de las estructuras», tienen quizás la más difícil aun tarea, de «encantar a la sociedad».

Qué quiero decir con esto. Pues que, hasta cierto punto, el accionar de las generaciones de jóvenes de las décadas pasadas era fácil, pues gracias a los metarelatos en disputa, era posible tener «alternativas» de sociedad, que al menos teóricamente pudieran llegar a conformar nuevas sociedades. Hoy al menos, esas disputas y alternativas han desaparecido del debate conceptual y teórico, pero no hay nada que salga en reemplazo de ellos; incluso hoy no hay debate de ningún tipo, y eso es francamente un verdadero desastre.

Debate, polémica, confrontación de ideas, de proyectos, de alternativas en juego. Es algo que por el solo hecho de polemizar y discutir, dinamiza y fortalece a quienes son parte de ello. En lenguaje eclesial clásico, a esa actitud se le denomina *reciedumbre*, la misma que permite y da *fortaleza al espíritu*.

Desde mi punto de vista, algo de ello es lo que le hace falta no sólo a los y las jóvenes de esta generación, sino algo que hace falta a todos quienes son parte de este tiempo. La ausencia de debate, de crítica consistente, durante toda esta década, nos ha hecho un flaco favor. Si no hay ideas, proyectos en disputa, por los cuales luchar, en los cuales creer, por los que dar tiempo propio, sólo nos sobreviene un período necesario de descanso, pero pasado eso, no sigue sino la monotonía, la abulia. Es como estar permanentemente de vacaciones, y que no hay nada más peligroso que tener la conciencia, el espíritu de vacaciones permanentes.

Se nos ha dicho y reiterado hasta el cansancio, que este sistema capitalista libremercadista, es el mejor y el único. Por tanto, todas nuestras posibilidades de desarrollo (personal y social), deben enmarcarse en sus coordenadas. Verdadero y falso a la vez. Es cierto que por el momento, nada le hace sombra al «sistema», ése con comillas, pero también es cierto que la versión *chilensis* de ese sistema es bastante recortada, adornada, parcelada.

Sistema, con censuras, protecciones y cerrojos de variados tipos. Censura en lo que se dice, en lo que se piensa, en lo que se lee, en lo que se ve. Protecciones judiciales, de fuerza, de razones de Estado, por abandono de funciones. Cerrojos políticos, económicos, militares. Todos ellos, en conjunto y por separado y en variadas combinaciones, hacen que nuestra versión de sistema sea más un chiste que un modelo.

Sin intentar agotar el tema, porque además no quiero alejarme demasiado del tema juvenil, esto tiene relevancias específicas para el mundo de los y las jóvenes actuales. Como sociedad nos hemos especializado en dobles discursos. Afirmamos que Chile es un país de derecho, sin embargo vemos que los grandes consorcios económicos están por sobre el derecho y la justicia; decimos descender de una raza valiente como la mapuche, y hacemos todo lo posible para que esos hermanos, de «los pueblos originarios», como se dice en nuestro lenguaje aséptico, pierdan sus tierras y su cultura. Afirma nuestra Constitución que en Chile hay libertad de expresión, pero no podemos publicar, ni emitir opiniones divergentes, sin contar con un abogado; sin mencionar el hecho, que aun cuando seamos mayores, se nos prohíbe ver o leer lo que consideremos necesario aun que, no más sea para acceder a fundamentos críticos sobre lo que se nos niega; leer e informarnos es algo vedado para una cantidad casi insospechada de chilenos y chilenas, hombres y mujeres, niños y niñas.

El fundamento de la formación humanista es la cultura del libro, y hoy vemos que incluso en gran parte de los estudiantes de enseñanza superior, la principal preocupación al momento de una lectura, es cuántas páginas tiene el texto recomendado. En las familias populares y de muchas otras que no lo son, ese artefacto —fabricado normalmente de madera— llamado biblioteca, contiene innumerables cosas; en él encontraremos colecciones de discos compactos, casetes, licores, copas, figuritas de distinto tipo, el TV, el equipo musical, el video grabador, etc. Pero libros no encontraremos.

Pero qué tiene que ver esto con los y las jóvenes. Mucho y poco. Poco, porque muchos de ellos no se acercarán nunca a un seminario, ni a las discusiones que podamos tener aquí. Pero mucho porque ellos, los y las jóvenes de los noventa, han perdido o extraviado de sus horizontes cognitivos, de sus metas incluso simbólicas «el cambio», el hacer que las cosas puedan funcionar de otro modo, o al menos tener una conducta que provoque, estimule o intente modificar «lo dado», eso que se nos aparece como «lo inmutable», «lo perenne».

En término más teóricos que prácticos podemos percibir que la ciudadanía juvenil, que podemos asociar al *derecho a tener derechos* o en un sentido más restringido *el espacio disponible para que la participación posible en la esferas de decisiones que los afectan, se convierta en una participación real, informada, consciente, desde la óptica de los y las jóvenes de los noventa*, está —al menos en la practica— cancelada. Así la ciudadanía se ejerce y construye cada día, en cada confrontación en los diversos ámbitos de la vida. Sin embargo para los y las jóvenes en general, no hay espacios sociales para la divergencia. Es decir, plantearse cuestiones —como las que propusiéramos anteriormente en torno al cambio social— referidas a proyectos diversos, en general está bastante alejada de los intereses y posibilidades de los y las jóvenes, aun en una versión puramente teórica y simbólica. Las propuestas de los y las jóvenes —los que las tienen— en la actualidad, están referidas más a cuestiones de índoles estéticas y de gustos, que a una verdadera y pensada alternativa de sociedad.

Por ello, es imprescindible que los y las jóvenes puedan, desde las limitaciones en que se encuentran, ejercer desde ya la ciudadanía, pues en cuanto a la necesidad que tienen de espacios y respeto a sus personas, ésta es evidente. Sabemos que los y las jóvenes exigen o piden respeto hacia sus vidas, pero también percibimos que hay un amplio marco de experiencias, necesidades y expectativas que son ampliamente sociales y que requieren expresión y posibilidades. Ahí aparece la democracia, esa que se vincula:

En los diversos discursos juveniles con nociones como igualdad, justicia, tolerancia, participación, incluso una de las funciones no menor de ella, está en la integración. La preocupación por la pobreza, la cesantía, el poderío económico de unos pocos, son elementos que se presentan en las reflexiones de los y las jóvenes.<sup>1</sup>

De ahí que su relación con la ciudadanía es evidente, pues ella tendría como misión la de ser un canal de integración a una ciudadanía plena, no tan sólo en su dimensión política (a través del voto), sino y principalmente a aquellos otros sentidos que la vinculan más a la integración social, económica y cultural.

De modo que por medio de la transmisión de estas habilidades, que no son sólo de análisis y propuesta sino también de interacción: poder discutir sin pelear, saber escuchar y respetar la opinión del otro, negociar diferencias, y aceptar la decisión democrática como alternativa a los dos extremos de sometimiento irreflexivo o de rebeldía.<sup>2</sup>

Tarea no menos difícil y titánica, dados los actuales niveles de interlocución entre jóvenes, y entre jóvenes y sociedad adulta, quizás éstas sean tareas para la próxima década. Pero por lo pronto, parece que es necesario salir de la autocontemplación, y de la trampa del individualismo, que obviamente no sólo ataca a los y las jóvenes, pero que en ellos, espero, sea de menor duración.

Volviendo a una afirmación anterior: *que los jóvenes tienen la difícil tarea de «encantar a la sociedad»*. Es decir, que los y las jóvenes hoy tienen a su haber nada menos que seducir, embelesar, cautivar a una sociedad que los mira permanentemente con recelo, bajo sospecha. Y ello, porque los y las jóvenes aparecen, al menos teóricamente, como los únicos que no están completamente ganados para este proyecto en curso. De ahí que estén constantemente teniendo que dar examen de buena conducta. Sin

---

1 Silva, Claudio (1999): *Jóvenes de los noventa. De maratones, vértigo y sospecha*. Viña del Mar: Ediciones CIDPA.  
2 Durston, John (1996): «Limitantes de ciudadanía entre la juventud latinoamericana». *Revista Iberoamericana de Juventud* N°1. Madrid: Organización Iberoamericana de Juventud. También en *Última Década* N°10 (1999). Viña del Mar: Ediciones CIDPA.

embargo, ello no quiere decir que la sociedad en su conjunto espera actitudes de adaptación y evitación del conflicto. Hay un segmento de personas e instituciones —que formamos parte de la civilidad—, que hacemos del conflicto un elemento catalizador de las energías y potencialidades de los y las jóvenes, esperamos y deseamos que los y las jóvenes se hagan partícipes de su propia vida, y que en ese caminar, vayan integrando a otros que esperan mejores días.

Pero para que ello pueda ser, los y las jóvenes tienen que empeñar en cada uno de sus intercambios con otros vitalizar sus demandas y necesidades de ciudadanía, que al menos nosotros la visualizamos como más allá de la sola participación política, y que la percibimos en cada uno de los gestos y necesidades juveniles, que se alejan del solo individuo para constituir redes de necesidades; y de ese modo, constatar que aun las necesidades individuales poseen una inconfesada dimensión social, que es la que ellos deben potenciar, para ejercer con mayores niveles de autonomía e interacción la ciudadanía que hasta el momento les ha sido escamoteada, proceso del cual ellos tienen su innegable cuota de responsabilidad.

Por ello es que el llamado, y nuestro compromiso también, es a revitalizar la ciudadanía, como expresión de las necesidades y expectativas de aquellos que no figuran en la nóminas gerenciales de nada, y que requieren con urgencia asumir su propia responsabilidad en la conformación de las vidas que desean vivir en las próximas décadas. Y de paso encantar a otros con ese contagioso entusiasmo juvenil.

Al menos, eso es lo que nosotros esperamos de los y las jóvenes de los noventa, y de los que siguen.

VALPARAÍSO, MAYO DE 1999